

La Argentina de los sobrevivientes

08/11/2025



Nos hemos acostumbrado a los dramas argentinos, pero hay uno especialmente hiriente: la profanación del valor del trabajo. La gente trabaja, cumple horario, se sacrifica, pero la inflación estructural ha vaciado el recibo de sueldo de su contenido de promesa. Es la traición del esfuerzo a manos de la macroeconomía, una tragedia que el Observatorio de la Deuda Social Argentina (UCA) se encarga de cuantificar sin eufemismos.

La estadística le pone cifras a esta condena moral: el empleo formal ya no garantiza el plato de comida. Un reciente informe de la UCA, de noviembre de 2025, lanzó una advertencia brutal: cerca del 15% de los trabajadores asalariados del país sufre inseguridad alimentaria. Esta cifra no es la de los

desocupados, sino la de quienes cumplen con el contrato social: es la prueba más oscura de que el sistema ha fallado, obligando a personas con trabajo a enfrentar el miedo de no poder asegurar una dieta suficiente.

El drama del trabajador actual evoca el mito de Sísifo, condenado por los dioses a empujar una roca cuesta arriba, solo para verla rodar nuevamente al valle justo antes de alcanzar la cima. **El trabajador argentino empuja el salario hasta el final del mes, solo para ver cómo la devaluación y los precios lo devuelven al punto de partida, en un ciclo de frustración perpetua. Es la traición del esfuerzo a manos de la macroeconomía.**

Y sobre este escenario de lealtades traicionadas, se cierne la sombra de la mentada Reforma Laboral. Este paquete legislativo, impulsado con la fuerza electoral de LLA, se presenta como el elixir que curará la desidia productiva. Pero en las calles, entre quienes saben lo que cuesta ganarse el pan, la reforma es percibida con profunda cautela. La historia nos advierte: no es la primera vez que se ofrece la flexibilización como panacea. La última gran ola de reformas, en los años noventa, lejos de traer una prosperidad duradera, terminó por precarizar a una generación, dejando un legado de exclusión que explotó en 2001.

Se promete la inversión, pero el trabajador teme la precarización y la pérdida de los escasos escudos legales que le quedan. No se trata de denostar el trabajo –todo lo contrario, es el único valor real que nos queda–, sino de denostar la lógica que, bajo la excusa de la modernización, amenaza con formalizar la pobreza laboral. El Gobierno, al priorizar la libertad absoluta del capital, ignora que la falta de estabilidad no se resuelve volviendo vulnerable al más débil.

Si la reforma no logra catalizar una inversión que cree trabajo de calidad de forma inmediata, se convertirá en el siguiente capítulo de esta novela argentina: una solución radical que termina por profundizar la herida de aquellos que, como los esclavos bíblicos a quienes se les exigía hacer

ladrillos sin paja, deben seguir creyendo en el valor trascendente del esfuerzo sin recibir a cambio la mínima garantía de justicia.